

Eneas en el infierno

por don Enrique de Villena

Texto presentado por Antonio Alatorre



El texto que aquí ofrezco al lector me parece muy valioso; tan valioso, que por un momento pensé ofrecérselo sin ningún comentario, para no embarazar su atención con monsergas históricas y filológicas, cuando lo mejor es que la tenga despejada y la dedique toda a encontrar por sí mismo el extraño encanto que el texto tiene. Yo, desde luego, le encuentro ese extraño encanto. Y además, se trata, en un sentido, del primer intento de prosa "artística" que se hizo en lengua española. (En otro sentido, se dirá que el primer intento fue el de Alfonso el Sabio; y, todavía en otro sentido, se podrá decir también que el primero fue el de don Juan Manuel en El Conde Lucanor. Pero no voy a pelear con nadie sobre esto.)

Llegué a pensar, pues, que bien valdría la pena publicar el texto sin introducción alguna. Pero temí que un título como "Fragmentos de la traducción de la Eneida por don Enrique de Villena" fuera un trampolín muy poco invitador para que el lector se arrojara sin más al agua de una prosa que de buenas a primeras le podría parecer por lo menos enigmática. Este temor me hizo cambiar de idea. (Pero prometo no dar mucha lata con prólogos, y estorbar lo menos posible.)

La Eneida de don Enrique de Villena (o de Aragón) es, quizá, la primera traducción propiamente dicha del poema de Virgilio que se hizo en una lengua moderna. Villena la inició el 28 de septiembre de 1427 y la concluyó un año y doce días más tarde. Nunca se ha publicado. (Estos fragmentos del libro VI son uno como "estreno mundial".) Y nunca se ha publicado por una razón muy sencilla: porque la crítica "oficial" la ha tratado con mucho desdén. Los españoles, que suelen adolecer de miopía, la han tachado de ruda, pedantesca, infiel, torpe, artificial, enrevesada; y eso no sólo los flojos y que hablan de oídas, sino hasta quienes parecían haberla leído de veras, como don Marcelino Menéndez Pelayo y don Pedro Urbano González de la Calle. Demasiada saña para con un texto al que no se ha dado oportunidad de defenderse solo.

¿O será que estoy encariñado con esta vieja traducción, copiada por mí hace más de veinte años de un manuscrito de

la Biblioteca Nacional de París que perteneció al Marqués de Santillana? Algo habrá de eso, sin duda, pero no creo que el cariño me ciegue. La prueba es que cuando le enseñé algunos pasajes a un poeta amigo mío, un poeta joven, exigentísimo con las palabras, él los leyó con verdadero gozo, porque los leyó de veras, entregándose honradamente a su realidad, aceptándolos, sin pedirles lo que sería anacrónico pedirles, y haciendo de su artificiosidad, de su evidente arcaísmo y no sé si hasta de su esporádico dialectalismo aragonés, un encanto más en lugar de un motivo de rechazo, de manera que su gozo y su entusiasmo me convencieron de que sería bueno publicar una parte, aunque sólo fuera a título de experimento.

Ojalá la lectura de todos se parezca a la que hizo ese joven poeta. Ojalá todos sean capaces de leer de veras, de entregarse sin miedo y sin pereza al experimento que les propongo, de dejarse llevar por este lenguaje, vetusto, sin duda, pero que, como fue elaborado con evidente amor, conserva aún su capacidad de transmitir, en muchos lugares, la melancólica belleza de los versos de Virgilio, su temblorosa poesía. La lengua española tiene la particularidad (ventajosa en este caso) de haberse alterado muy poco, mucho menos que la inglesa o la francesa, desde la Edad Media hasta nuestros días. La barrera lingüística que rodea a la Eneida de Villena no es, pues, cosa terrible. De hecho, un lector que acepte no sólo sin sonrisas de superioridad, no sólo sin escándalo, sino además con no sé qué deleite, la lengua olvidanza en vez de "el largo olvido", o los prados recientes por el curso de los ríos en vez de "prados frescos, cruzados por arroyos", o incluso las vengadrices Curas en vez de "los Remordimientos vengadores", está ya preparado para recibir lo que este lenguaje es capaz de darle. Podrá quizá sentir el terror causado por los monstruos infernales, "las fieras de Lerna haciendo sonos espantosos, las Quimeras guarnecidas de llamas, las Gorgones, las Harpías y las Sombras que tienen tres cuerpos". Podrá compadecer a los miserables que, expulsados de la patria, "fueron por la ventosa mar traídos, y los sumergió el viento austral en el agua.

envolviendo la nave con la gente della en las aguas tempestuosas". Podrá maravillarse ante la muchedumbre de seres aún no nacidos, que pululan y revolotean en el reino de la nada "así como en los prados las abejas en el sereno verano están sobre diversas flores, y recercan en derredor los blancos lirios, y todo el campo suena del murmurio". O bien, podrá sentir el patetismo de la escena en que el héroe ve confusamente (como se ve la luna a través de la bruma) el fantasma de la hermosa reina africana que vaga por "secretas calles" y por "selvas recercadas de mirto", y él le habla "con dulce amor", "llamándola con lágrimas", mientras ella lo escucha, "ardiente e indignada", en una inmovilidad aterradora, como "si de pedernal duro fuese, o de peña marpesia", hasta que, sin romper con una sola palabra su helado silencio, desaparece "inimigablemente en la espesura sombrasa".

Es increíble que Menéndez Pelayo, tan fino crítico a veces, haya escrito un juicio tan destemplado, tan de dómine gruñón: "Insensatez sería buscar en esta versión rastro ni sombra de la poesía del original". Yo he cometido esa "insensatez", y he encontrado algo más que rastros y sombras de poesía. Que no es la poesía del original, de acuerdo: el original está en latín, en hexámetros, etcétera; la traducción está en español de principios del siglo XV, en prosa, etcétera. Pero al lenguaje de Villena no le falta ni precisión, ni gracia, ni hermosura. No es que yo quiera igualar a Villena con Góngora, pero es oportuno recordar que Menéndez Pelayo tampoco tuvo oídos para la poesía del Polifemo y de las Soledades. Creo que en el caso de Villena (como en el de Góngora) fue él un pésimo lector: leyó de prisa, o leyó demasiado poco, o leyó estando de muy mal humor, o algo debe haberle pasado. Censura cosas que son puras niñerías: a Villena le encanta el hipérbaton ("de ricas compuesto vestiduras", "desta respondió manera", "tales dijo palabras"), mientras que don Marcelino lo encuentra espantoso; Villena escribe punctas, y don Marcelino prefiere puntas. Pero en fin, dejemos esto.

A algunos les parecerá tal vez que debí hacer una presentación más formal y una edición crítica y anotada. Yo a esto no le hallo mucho sentido, ahora al menos. ¿Para qué estropearle al lector su oportunidad, interponiendo entre él y el texto unas explicaciones y disquisiciones que bien podrán venir más tarde? A lo largo de los años he ido coleccionando un modesto arsenal de datos para un erudito estudio introductorio y para una decente anotación filológica de esta Eneida española. No sé si un día pondré en movimiento ese arsenal. (Está a la disposición de quien se interese de verdad en el asunto.)

Lo que sí creo necesario es decir dos palabras acerca de la materialidad del texto que presento. En estos tiempos en que no es cosa del otro mundo tener ante los ojos, en microfilm, aun el manuscrito más raro del mundo, no cabe justificación para las ediciones paleográficas, que son las que transcriben el manuscrito tal cual. Todas las ediciones serias hacen (poco o mucho) algo más: intervienen en el texto, se comprometen con él; corrigen, restauran, añaden puntuación y signos diacríticos, eliminan determinadas cosas superfluas y aun se arriesgan a meter, a título de conjetura, palabras que obviamente hacían falta. Pues bien, yo digo que ésta que ofrezco es una edición seria. Si un filólogo demasiado conservador me toma a mal ciertas libertades, yo le prometo cumplida satisfacción, en cuanto haya oportunidad para ello, con una edición en regla, que

tendrá el mismo texto que ahora doy, más una serie de notas en que podré explicar por qué doy ése y no otro. Pero a los lectores de esta revista no los quiero fastidiar. Y no es que desdeñe la erudición (incluso hay quienes me tienen por erudito): lo que pasa es que ahora me parece aburrida y que no sé qué hacer de bueno con ella. (En fin, una cierta erudición no me parece mal; y de hecho, ¿qué es toda erudición sino "una cierta erudición"?)

Algunas advertencias, a guisa de "pise con cuidado" o watch your step (o, para ponernos virgilianos, cave!). Muy al principio del texto, en el segundo escalón, está la palabra deyuso. Ojo, pisar con cuidado, no tropezarse: deyuso (o deyús de) significa "debajo". (Pero tampoco asustarse: en general, la escalera es segura y descansada). Tampoco atorarse con la ortografía. En las breves citas que antes hice, la modernicé un poco mañosamente. Pero, hablando con honradez, no creo que sean tan duras de penetrar palabras como Sebilla en vez de Sibila, o dehessa en vez de deesa ("diosa", "mujer divina"), o rreçercar en vez de recercar ("rodear"), o salepne en vez de solemne, o sutil (y suptil) en vez de sutil. Última advertencia: si el lector está familiarizado con Virgilio, no vaya, por favor, a pedirle a Villena una fidelidad rigurosa que, por razones que sería tedioso explicar, no se conocía en el siglo XV. (Y por si alguien quiere tener a la vista el texto latino: los fragmentos que aquí publico son traducción de unos 450 hexámetros, o sea la mitad de los que tiene el libro VI; son los versos 253-476, 628-766 y 851-898, más algunos pasajes de 767-843).

SINOPSIS DE LO QUE PRECEDE

Divinamente forzado a cumplir su destino, Eneas ha salido con su flota de Cartago (donde la reina Dido, su amante, se ha dado la muerte en un paroxismo de desesperación) y ha llegado a Sicilia. Aquí celebra el primer aniversario de la muerte de su padre Anquises con regatas, luchas, carreras de velocidad y otros deportes fúnebres. En sueños, Anquises se le aparece y lo invita a visitarlo en el reino de las sombras, el Orco o Averno ("el Huerco", traducirá castizamente Villena); la empresa es ardua, pero la Sibila de Cumas podrá darle ayuda. La flota zarpa entonces de Sicilia, con las proas hacia Cumas. En una noche de insólita bonanza, el viejo piloto Palinuro (¡el siempre vigilante!) se duerme y cae al negro mar, agarrado todavía a un pedazo de timón. Eneas, que demasiado tarde se ha dado cuenta, guía él mismo, melancólicamente, su nave. Llega así a Cumas y sin pérdida de tiempo va a hablar con la Sibila. Poseída por el dios, entre clamores y espumarajos, la Sibila le anuncia guerras, calamidades, bodas de sangre. Humildemente, Eneas le suplica que le sirva de guía a través de los recintos subterráneos. La Sibila acepta. Pero antes hay que disponer las honras fúnebres del trompetero Miseno, que acaba de morir, para que su cadáver no inficione una atmósfera que desde el principio debe estar bañada en una pureza sagrada; y, además, hay que conseguir absolutamente la rama de oro, para llevarla de ofrenda a los dioses infernales. Mientras sus hombres, en el campamento, celebran las exequias de Miseno, Eneas, guiado por el vuelo de dos palomas hermosísimas, llega a la boca misma del Averno y ve un copudo roble del cual brota, resplandeciente, la rama de oro. Corta sin ninguna dificultad la rama y pasa la noche en vela, purificándose con sacrificios y abluciones para el viaje que va a emprender.



De toda compañía a la rribera apresurada corrían: las madres, e los varones, e los cuerpos pasados de la vida, los nobles magnánimos, e los niños, e las no casadas moças, e los mançebos puestos en los fuegos en la presençia de sus padres. Así como las muchas fojas caen derribadas en las selvas en la friedad primera del otoño (e mira ell árbol desde alto en la tierra su despojo), e así como aves muchas se juntan quando el año es frío e pasan allende la mar e van a la tierra delectable, así estavan los primeros rrogando que los allende passassen, e tendien las manos por deseos de ser en la otra orilla. E aquel triste mareante agora rreçibe a éstos, agora a aquéllos, e otros alexos desviados desecha dell arena.

Eneas, maravillado de aquel tumulto e movimiento, tales dixo palabras:

—¡O virgen! ¿Qué quiere el concurso desta gente al rrió? ¿E qué piden las almas? ¿E por cuál departimiento e culpa desemparan la orilla desta parte, e aquéllas con los rremos passan la cárdena paluda?

A esto brevemente la antigua saçerdotissa desta rrespondió manera:

—¡O fijo de Anchises, del linagge de los dioses engendrado ciertamente! Tú vehes agora el grant lago Coçito e la Estigia paluda, la qual en sus juras los dioses temen e dubdan fallerçer por la su divinidad a lo prometido por ella. E toda esta gente que pobre vehes, no soterrada compañía fue. (Aquel llevador Charón éstos que lleva son los sepultados). No les es dado pasar estas orillas ne ir por ell agua rronca corriente fasta que los sus huessos en sus sillas (es a saber sepulturas) ayan rreposito: andan errabundos çient años en tanto por esta rribera, fasta que son admetidos e rreçebidos al paso.

Estovo Eneas fijo de Anchises en aquel detenido paso, muchas cuydando cosas, aviendo piedad de la mala suerte en su voluntad. E allí vido los tristes que no alcançaron las honrras complideras a su muerte ni devida sepultura, Leucaspin e aquel guidor de la flota natural de Liçia, Oronte, los quales en uno con él sallieron de Troya, e fueron por la ventosa mar traídos e los submergió el viento austral en ell agua, embolviendo la nave con la gente della en las aguas tempestuosas. E luego se mostró Palinuro, el governador de su navío, que pocos días pasados, en el mar de Libia, mientras catava las estrellas por considerar el tiempo, cayó del navío, derribado en medio de las ondas. E quando este triste conosçió entre las muchas sombras, tales Eneas dixo palabras:

—¿Cuál de los dioses, o Palinuro, te quitó de nosotros e en medio de la mar te sumerjió? Dilo agora: ca antes desto non me fallerçió, e agora en una rrespuesta el ánimo mío es engañado de Apollo, que dixo a mí salvo iría e seguro por la mar, viniendo con mi gente a las de Italia partes. ¿Es esto la ffe prometida, que tú así pereçieses?

Palinuro, rrespondiendo a las palabras por Eneas dichas, así dixo:

—Nin te fallerçieron los secretos e rrespuesta de Phebo, duque Anchisiade, nin me submergió dios en la mar, mas el gobierno de quien yo cuydado tenía, e con cuyo ministerio faziá el curso, se bolvió e me levó consigo, e así cahí con él. E júrote por las ásperas mares que non ove tanto cuydado e temor de mí quanto de ti ove, que'l tu navío despojado de guarnición, e desechado de sí el que l' governava, non fallerçiesse o peligrasse en tantas ondas que levantar se començá-

[.]

Luego en la mañana, saliendo el sol, paresçió qu'l suelo de la tierra mugiese deyuso de los pies, e los collados de la selva començados d'andar fue visto moverse, al sentido presentándose auditivo ladrido de canes por aquella sombra.

La deheffa prophetissa viniendo Sebilla, estas sentido cosas, tales dixo palabras:

—¡Alexos, alexos estad vosotros, profanos, e sallid de toda la espessura! E tú, Eneas, continúa tu camino, e saca de la wayna tu espada, qu'n esta es menester sazón tu esfuerço, en esta hora conviene que sea tu propósito firme.

Esto dicho, en la cueva se puso abierta, guiando a Eneas, el qual la siguié con temerosos passos.

(¡O dioses que avés imperio e señorío sobre las almas e sobre las callantes sombras, e Caos e Flegetón, lugares çilençio guardantes de la grant noche! ¿Sea lícito a mí dezir las oýdas cosas, e por la vuestra divinidad pueda yo manifestar las escondidas cosas deyuso de la tierra en las tiniebras altamente obscureçidas!)

Ivan oscuros deyús de la noche por las sombras e por las casas vacuas de Ditis e rreynos vazíos, así commo en la espessura de los árboles se va con la no çierta luna deyús de la maligna luz, en do Júpiter cubrió el çielo de sombra, e la noche obscura quitó el color a las cosas, denegando que no fuessen vistas.

Delante de aquella entrada primera, en la boca del Huerco, el Llanto e las vengadrizes Curas pusieron su cama e su estada en ella fizieron. Allí falladas fueron las amarillas Enfermedades, la triste Vegez, el Miedo e la malpersuadida Fambre, la suzia Pobreza, el Trabajo, e con fea figura terrible la Muerte, e los malos Gozos e Deleytes de la vida, e la mortal Batalla sobre'l lindar de la entrada de la cámara ferreña de las Euménidas, e la Discordia loca, con sangrientas ataduras apretados sus serpentinos cabellos. En medio d'aquel logar un olmo de muchos años, muy grande, texido de rramas e muy oscuro, que tiene sus braços tendidos por todo, cubriendo aquel logar, en el qual la vulgar gente dizen que'l Sueño faze su morada, fallado deyuso de cada una foja. Allende desto, varios monstrros de figuras, Çentauros en la entrada e las Çillas de dios cuerpos allí tienen establo, e aquel Briareo que tiene dozientos entre braços, e ojos, e las fieras de Lerna faziendo sones espantosos, las Chimeras guarnesçidas de llamas, las Gorgones, las Arpiás e las Sombras que tienen tres cuerpos.

A este llegado Eneas logar, temeroso, con rreçelo, súbitamente sacó ell espada, offresçiendo el tajo más estrecho de la puncta faza aquellos que contra él venían. E si la enseñada compañía de la Sebilla no la aperçibiera de non ferir las sutpiles almas e sin cuerpo vidas, firiera las cavas ymágenes deyús de rrepresentada forma, e por demás con el fierro fendiera los vientos.

Desde allí entró por el infernal camino que va al rrió de Accheronte, turvió de çieno e de grant fondura, por cuya profundidad fierva e faze sallir arriba ell arena de todo el Coçito. Estas aguas aguarda aquel llevador de las almas, terrible e inmundo escamoso Charón, con espesa e luenga barva cana, no peynada ne limpia, e sus ojos bermejós de llama, con vil manto inmundo colgado de sus ombros. Este rrige la barca con rremo, e ministra con velas la flaca barca de color ferreño, traída para llevar los cuerpos. E ya elviejo se mostrava, e la cruda a Dios e verde vegez.



van. Tres noches ivernales me traxo el viento Noto por la grant mar, yo forçando ell agua; e malabez començava el quarto día, que vy la tierra de Italia, mirando de las altas ondas, e poco a poco nadé a tierra. Ya era en logar seguro, si la gente cruel non me primera con sus uñadas manos. Yo, con la vestidura mojada, non ove deffensión por el su peso, e desde'll altura del monte descendieron, a mí envadiendo con armas, cuydando que alguna presa tomassen descuydada e gananciosa. E agora tiénneme las ondas, moviéndome en la rribera los vientos. Onde rruégote por el tu padre, e por la fermosa lumbre del cielo, e por las estrellas, e por la esperança que se levanta de Yulo tu fijo: líbrame destos males, ¡o varón no vençido! e me pon en tierra (ca fazer lo puedes), o rrequiere puertos navegables si has de fazer algún camino e si t'es mostrado por la creadriz divina (ca non creo sin divinal ayuda e ministerio te apparejas de passar tanto rriío e nadar por la Estigia paluda). ¡Pues da la tu diestra mano al miserable, e llévame contigo por las ondas! ¡Al menos en la muerte en silla e sepultura plazible aya rreposito!

Acabado este dezir, tales la prophetissa a él dixo palabras:

—¿D'ónde veno a ti, o Palinuro, esta cruel tanto cobdiçia, tú no soterrado? Acuérdate que vehes las aguas Estigias e el rriío de las crueles Euménidas. ¿E admetido en las rriberas serás pasado a otra parte? Dexa d'esperar que por tus rruegos los ffados de Dios se muden. Empero, toma mis dichos acordándote dellos, e seráte solaz en los duros casos: sepas que los vezinos del lugar do el tuyo está cuerpo lexos e apartado, por los pueblos vexados de señales e maravillas çelestiales, sepultarán tus huessos por que çessen; farán grant sepultura e monumento solepne, e aquel logar será, por ti, nombrado eternalmente Palinuro.

Esto dicho, algún poco desechado el cuydado e quitado de su corazón el dolor, del triste sobrenombre se gozó de la tierra.

Continuando Eneas su camino con la Sebilla, llegáronse al rriío por pasar. E desde los vido desde la onda Estigia el mareante Charón ir por la espessura callante e con los pies trastornar la rribera, así primero los començó envadir con sus dichos e increpar adelante:

—¡Quienquier que seas, que vienes armado al nuestro rriío! ¡Faz, di a qué aquí vienes! ¡Detén tus pasos! Ca este logar es de las sombras e adormimiento del Sueño e de la Noche, e no es lícito que los cuerpos bivos sean pasados por l'estigia barca. E no pienses me plogo Érchules por aquí pasasse, si quiere andoviesse por este lago, nin Theseo, nin Peritheo, maguer que fueron engendrados de los dioses e de virtudes no vençidos: porque'l guardián infernal fue por aquél atado e [arrancado] de la silla rreal temedera; éstos la señora de la çibdad Ditis, Proserpina, de su tálamo sacaron a fuerça.

E contra esto la Amfrisia prophetissa tales dixo palabras:

—No pienses, Charón, aquí sean tales açechanças. Dexa con estorvo así de moverte. No cuydes que las armas deste trahen violençia, maguer el portero de la grant cueva, Çerberero, tras-pasado eternalmente, ladre e amedrente las sombras, e aunque la casta Proserpina guarde la casa del tío infernal. E sepas que'l troyano Eneas, en piedad señalado e no menos en armas, descende a las más baxas sombras del Imfierno por ver a su padre. E si te non mueve la ymagen de tanta piedad, este rramo (descubre el rramo que tenía escondido deyuso de la vestidura): ¡pues conóçelo!

Estonçes, aquél visto, el corazón de Charón finchado de ira fue amansado, aquél maravillándose del venerable don e de la verga ffadal, vista después de luengo tiempo. Non añadió más rrazones, antes luego la obscura bolvió barca, allegándola presto a la rribera. E dende las otras almas, que por aquellos collados luengos estaban sentadas sperando'l paso, appartar fizo. Aquella ocupación dexada, tomó en uno en el grand rriío a Eneas, so cuyo peso gimio la delicada e sotil barca, e aquélla, fendida por muchas partes, bevió grand parte d'agua de la paluda. Con todo esso, allende'l rriío saños e seguros la prophetissa e aquel varón Eneas Charón puso en tierra, en la yerva del linillo de color luzio e ferreño.

Pasado Eneas allende del memorado rriío, falló a Çerberero echado en la grant cueva, que fazie rresonar los rregnos del Imfierno, estando muy grande echado en la cueva, ladrando por tres bocas contra él. E la prophetissa, visto'l cuello serpentino levantar de Çerberero, lançóle'n la boca la dormidera sopa con miel e farina medicinada. E aquél, con rraviosa fambre las tres abriendo gargantas, la ofresçida rreçibió vianda, los grandes resolviendo miembros diffundidos por la tierra, todo estendido por la grant cueva.

Ocupó Eneas la entrada del guardián sepultado en el sueño, delibrándose aína de la rribera e ondas que se non pueden rrepetir.

E luego bozes oyó e grant llorido de moçuelos, almas llorantes en la entrada primera, a quien el negro día les quitó, arrebatados de la teta, la suerte de la vida, e los submergió en amargo mortuorio.

E çerca éstos, los comdepnados a muerte con falsa culpa, sin justo mereçimiento: e non a ellos es dado logar de pena sin juez e suerte, antes Minos mueve las suertes e llama la congregación de los Callantes e rreçibe información de las vidas e culpas.

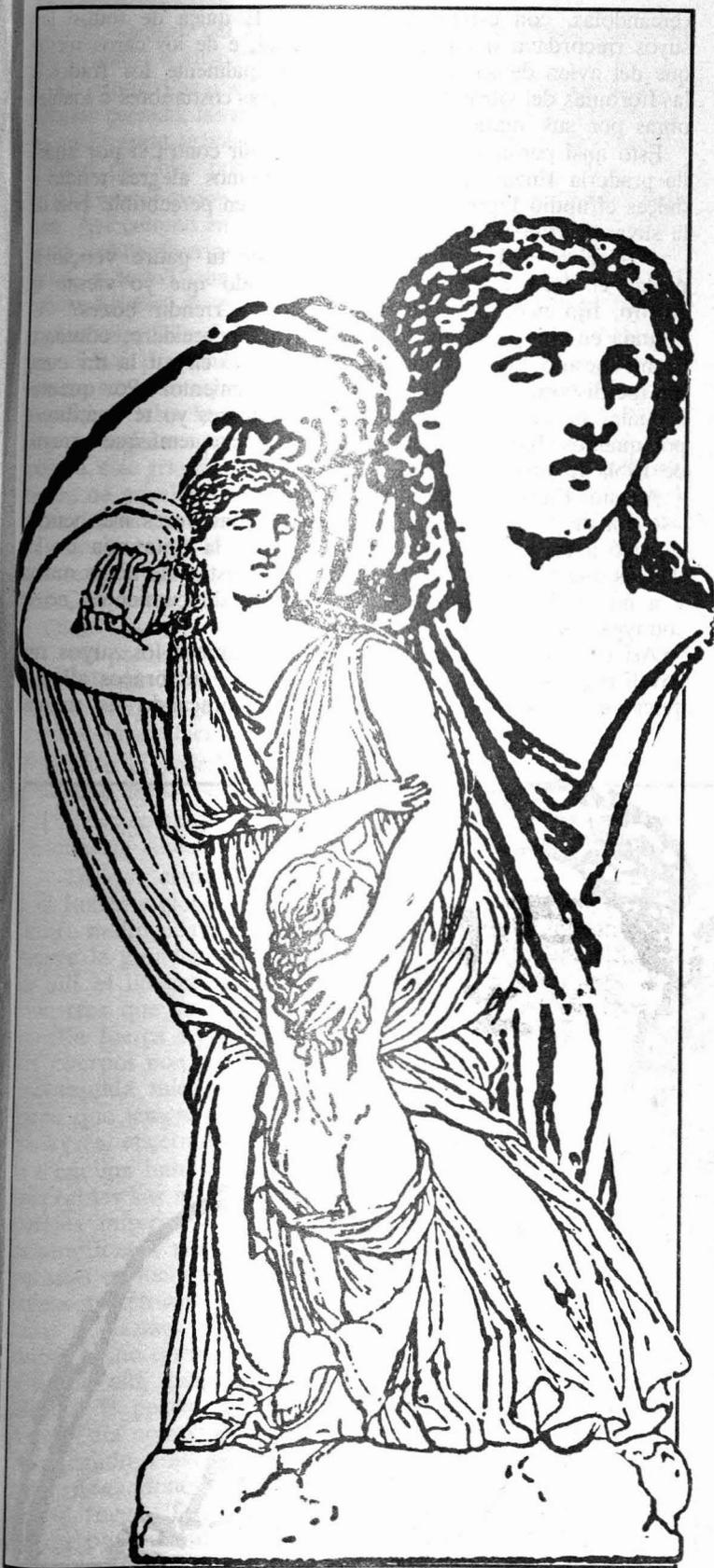
E çerca éstos tienen los tristes logar que a sí mesmos, sin culpa, con sus manos se dieron la muerte; aborresçiendo la luz, desecharon sus almas por ser libres de la pobreza e duros trabajos, que agora querríen antes pasar en ell ayre descubierto, e los ffados non lo consienten, teniéndolos atados la Estigia paluda no nadable: nueve vezes entrebultos los costríne.

Non lexos d'aquí, a todas partes estendidos, se muestran los Campos Llorantes, e así los llaman por nombre. En aquel logar están los que'l duro Amor con tajamiento cruel acabar fizo. Las secretas calles las encubren, e las selvas rreçercadas de mirto las abrigan. E no dexan los cuydados, los allí estantes, por la mesma muerte.

En este logar era Phedra, e Pocris, e la triste Eoriphile, que mirando mostrava las llagas del cruel nascido; allí estava Eudamia, e Pasife, e Laudomia, compañera destas, e aquel que fue mançebo en algún tiempo, dicho Çeneo, e agora es muger otra vez, en la figura rretornada antigua por los ffados.

Entre los quales Phenisa Dido, rreziende de las llagas, andava en la grant selva. Çerca de la qual quando primero estovo el varón troyano Eneas e la conosçió por la escura sombra, así commo quien vehe o veher cuyda por la niebla la luna levantar en el mes primero, dexó caher las lágrimas, e tales con amor dulce le començó a dezir palabras:

—¡O desaventurada Dido! ¿Pues verdadero fue el mensajero a mí, e çiertas me llegaron nuevas que tú eras muerta con fierro? ¿Seguiste los postrimeros obsequios e diste la muerte?



¡Guay, que yo fuy a ti causa! E júrote por las estrellas e por los dioses celestiales, si alguna ffe ayuso es en la tierra fallada, ¡o rreyna!: forçado me partí de las tus rriberas; empero el mandado de los dioses que por estas sombras agora e por logares sin camino en la profunda noche me fazen ir, me costringieron. ¡E no pude cuydar ni creher que la mi partida tanto te traxiesse dolor! ¡El postrimero de los ffados que yo te fablo esto es!

Con tales e dulçes palabras amansava Eneas el ánimo de Dido, que ardiente e indignada lo mirava, llamándola con lágrimas. E aquélla, los ojos fincados en el suelo, los tenía bueltos e desviados, e non se movió más su rrostro por las comenzadas palabras que si de pedernal duro fuese, o de peña marpesia. E a la fin partiósse, tornándose inimigablemente en la espessura sombrosa, onde le rrespondían los cuydados primeros egualados all amor de Siccheo. E non menos Eneas, lastimado del maligno caso, lexos la siguió con lágrimas, aviendo merçed de aquella que se tornava.

[.]

Desde las antedichas cosas la saçerdotissa de Phebo antiga ovo a Eneas mostrado, tales dixo palabras:

—D'oy más toma'l camino e cumple el don comenzado. Aquexémonos d'andar, que yo veo los muros de los Çiclopes cercados de fuego, e contra nós ya paresçen las fórnices o bóvedas de las puertas onde los mandados e encomendaças mandan que dexemos los dones del rramo que trahe.

Esto dicho, luego andar comenzó por los escuros caminos, e pasaron el espaçio mediano, allegándose a las nombradas puertas. Eneas empero ocupó la entrada, lavando su cuerpo con agua rreziente, e dexó e puso el dorado rramo en el lindar de la puerta ante sí fallada, a los de la Sebilla obediente consejos.

Las antepuestas después de complidas cosas, el don dexado de la deheça, vinieron a logares alegres e habondantes e deleytosas verduras de los Ffortunados Campos e sillas bienaventuradas. E más largo que los campos ya dichos el su ayre vestido de lumbre de colores, e su sol, las sus estrellas conosçieron.

Parte de los allí estantes luchavan, exerçiendo sus miembros en la pradería e contendiendo en juegos en la amarilla arena; parte dellos con sus pies alegrávanse en dança e corro, e dizien cantares. Allí estava el saçerdote de Traçia, Orfeo, con lengua vestidura, fablando en versos, e con siete bozes departidas, ya con sus dedos, ya [con el plectro], la lira tañía de marfil. Aquí el linagge antigo de los Troyanos e la fermosa generaçión e los grandes varones nascidos en mejores años, Yulo e Asarico, e Dardano, fazedor de Troya, las armas lexos e los carros vazíos, maravillándose estavan, las astas en el suelo fincadas, e los cavallos sueltos pasçían por los campos paso a paso. E qual fue por graçia de carros o de armas quando fueron bivros, o quien ovo cura de criar fermosos cavallos, tal mesmo estado sigue a ellos en aquella tierra guardados.

Vido esso mesmo otros de la diestra e ysquierda mano asentados por la yerva, comiendo, alegres en dança, solares diziendo cantares en la espessura del laurel oliente, onde por ençima el habundante rrio Eridano se buelve por la selva. Aquí están los que sufrieron feridas e con sus manos pelearon por deffension de su patria, e todos los saçerдotes castos mientras duraron en vida, e todos los piadosos pohetas que dixeron cosas

dignas de ser aprovadas por Phebo, e los que fallaron las artes o por ellas compusieron su vida, e todos los que fizieron rrecordar a los otros, doliéndose dellos. Todos estos eran coronados d'olivo, ceñidas sus sienas de blancas fojas.

Desde la Sebilla en derredor andovo de la gente allí fallada (e principalmente entr'ellos vido Museo, de mucha rrecercado compañía, mostrando entre todos sus altos ombros), tales ella les dixo palabras:

—Dezid, bienaventuradas almas, e tú, poheta muy bueno, ¿quál rregión o parte Ancchises tiene, e dónde es el logar suyo? Ca por su causa aquí venimos e los grandes rríos del Infierno pasamos.

A cuyo dezir en pocas el poheta rrespondiendo dixo palabras:

—Alguno de nós cierta casa o habitación aquí no tiene: en las espessuras de los árboles es nuestra morança, en las sombras dellos, e las rriberas deste logar son a nosotros camas, e habitamos en los prados rrezientes por el curso de los rríos. Pero si tanto vuestro coraçón ha talante de lo antedicho, este collado que es ante vós sobrad, subiendo en él, e yo os porné ençima fácilmente.

Dixo, e púsose ant'ellos andando fasta qu'ençima fueron. Desd'allí les mostró rresplandesçientes campos. Así desçendiendo dexaron ell altura, el suyo continuando camino.

En esa sazón el padre Ancchises solamente en el verde valle las almas inclusas (que speravan de hir a la luz mundana d'ençima a infformar ciertos cuerpos venideros) mirava, rre-

çercándolas, con estudio rrecordando. E quiçá de todos los suyos rrecordava o numerava la cuenta, e de los caros nietos que dél avien de sallir, entr'ellos principalmente los ffados e las ffortunas del varón Eneas, sus virtuosas costumbres e loables obras por sus manos complidas.

Esto así pensando, como viesse venir contra sí por aquella pradería Eneas su fijo, ambas las manos alegres tendió e dulçes effundió lágrimas, e tales dezires en perçeñtible boz de la suya salieron boca:

—¿Veniste a la sperança, e tanto de tu padre vençió la piedad el duro camino? ¿E fue otorgado que yo viesse tu rostro, fijo mío, e las conosciças oír e rrendir bozes? Así lo traía en mi pensamiento e cuydava ser venidero, contando en mí mesmo los tiempos. ¡E no fallaçió en mí la mi cura, nin fue discorde al fecho el interior pensamiento! ¡Por cuántas e quáles tierras, e por cuántas traído mares yo te rreçibo, e por cuántos, fijo, traído peligros! ¡E cuánto temí que'l rregno de Libia te noziesses!

A esto Eneas rrespondiendo, dixo:

—La de ti, padre, triste ymagen muchas vezes me ocurrió e forçó a mí a este viniesses logar. Está la flota mía en los itálicos puertos. Pues da logar que la tu diestra me tenga mano, e a mí te da, ¡o padre!, e de los mis abraçamientos no te sotraygas.

Así rrecordando, con largas lágrimas ambos los suyos rregavan rostros. Tres vezes s'esforçó con los sus braços allí rreçercar su cuello: tres vezes, por demás abraçando las manos,



fuyó la ymagen del abraçado Ancchises, así commo los vientos livianos, o ansí commo el volante sueño.

En tanto, Eneas vido en el rreçercado valle, d'espessura de árboles çerrado, las sonantes plantas por el ferimiento del viento en la grant arboleda, onde'l rrió de Letheo se le demostró, e casas plazibles por donde'l rrió passaua.

Allí, en derredor dellas, innumerables gentes e pueblos bolavan. Así commo en los prados las abejas en el sereno verano están sobre diversas flores e rreçercan en derredor los blancos lirios, e todo'l campo suena del murmurio, desa manera la muchedumbre de gente allí fallada ell ayre rresonar fazía.

Turbósse Eneas súbito esto veyendo. Él, no sabidor las causas dello, pregunta qué rrió aquél fuesse, después por qué tantos varones aquellas finchían rriberas. Estonçes el padre Ancchises tales le dixo palabras:

—Las almas a quien por los fados son devidos otros cuerpos, a este rrió de Letheo e a las sus aguas seguras llegados, beven de aquellas ondas, e con ellas la luenga olvidança. Destas almas deseo yo contar a ti e mostrar delante. Ya en los días pasados cobdiçié contarte de los níos e generación tuya, por que te más alegres conmigo, vista la gente que se levantará en Italia.

Oído Eneas lo antepuesto, así dixo:

—¡O padre! Si es de cuydar que algunas de las almas nobles aquí falladas al çielo ayan de sobir, e otra vez a los tardinosos tornar cuerpos, ¿qué cobdiçia tan cruel de la luz mundana es a estos miserables?

A esto el padre dixo:

—Non terné yo a ti ¡o fijo! suspenso, mas dirélo.

Por eso començó Ancchises; e cada una cosa de lo que a esto pertenesçia discurriendo, tales començó continuar palabras:

—Desde'l comienço, çielo e tierras e los manifiestos campos e el luziente globo de la luna e las orientales estrellas espíritu dentro nudre, e la intelligença toda, difundida por los miembros, mueve la grandez del mundo e se mezcla con el grant cuerpo: de allí el linage de los hombres e de las volantes aves, e los monstros que so el agua marina la mar trahe. De fuego es aquella fuerça e çestial nascimiento en las simientes. Quanto los cuerpos non nozibles tardan, en los terrenos es ebetada o embotesçida miembros en los moridores cuerpos: de allí les viene que temen, cobdiçian, deleytan e gozan, e no desprecian los ayres, ençerrados en las tiniebras e çiega cárcel. E quando la d'ençima lumbré con la vida dexan, no del todo empero los miserables sus males desechan, ni acabadamente todas las corporales miserias de sí desechan, mas del todo es neçessario se amollienten por mavarillosas maneras muchas cosas encorporadas en luengo tiempo. Pues pasan penas, e de las antiguas culpas sufren castigo: unas están colgadas al viento, manifiestadas e vazias; otras deyús del grant lago pagan la imffecta culpa, o son quemadas de fuego; toda vía padescen sus penas, e desde allí, purgadas, a los Campos grandes son embiadas Elisios. E pocos estamos en los alegres campos fasta que'l luengo día cumplido acabadamente, la cometida culpa de nós ha purgado e avemos el tiempo cumplido que nos fue deputado, dexándonos puro e çestial entendimiento e rreçibir el simple fuego. Todas estas almas, después que han buelta la rrueda por mill años, andando çerca del Letheo rrió, llámalas Dios a mayor compañía, por que pierdan la primera memoria,



rrevean con deseo las cosas d'ençima, e otra vez comiençen d'aver cobdiçia de tornar a los cuerpos.

Desde las antepuestas ovo dicho Ancchises cosas, tiró al fijo Eneas, en uno con la Sebilla, de en medio del allegamiento de aquella sonante muchedumbre, e subiólos en un collado d'onde pudiessen ver a todos por luengo orden, e de los vientes devisar sus rostros. Estonçes Eneas a su padre Ancchises tales dixo palabras:

—Cuenta agora la grant generación troyana e la gloria que de aquélla se deve seguir: qué nietos, qué posteridad queda por venir de la itálica gente, de las muy nobles almas que han de sostener el nombre nuestro.

Luego el padre así le rrespondió:

—Acuçiaré mis dichos e a ti mostraré tus fados.

E, así lo faziendo, dixo:

—¿Vehes aquel mançebo que se prueba o esfuerça con la asta? Tiene la más çercana suerte del lugar de la luz, e çercano a los çelestiales ayres se levantará, mezclado de la sangre de Italo; al qual llamarán Silvio, e tomará el nombre de Alba: será fijo tuyo, nascido después de tus días, e aquél criará luengo tiempo tu muger Lavina. Será tarde rrey e padre de rreyes, onde'l nuestro linage produzido señoreará luengamente la çibdad de Alba. Çerca deste es aquel Procas [. . .]. E Rómulo se junctará al su avuelo [. . .]. Éste con buenos agüeros començará aquella muy noble Roma, la qual ygualará ell imperio e los ánimos de sus varones con el çielo. Aquélla será fecha bienaventurada por la tu posteridad. Siete montes en uno rreçercará con sus muros, bienaventurada de generación de varones. E ansí commo la madre Bereçintia era traída en el carro con la corona turrta por las çibdades de Frigia, alegre del parto divino, abraçando çient nietos, todos habitadores del çielo e todos posehedores de las cosas altas, será la Romana çibdad. Acá buelve ambos los ojos, e a esta mira gente e los tus Romanos. Aquí es Çésar, e toda la generación de Yulo venidera so el grant axe del çielo. Éste es el varón que muchas vezes oyes serte prometido, Augusto Çésar, del linage de los dioses, que fundará los siglos dorados, que allende d'Italia e campos señoreados antiguamente por Saturno acresçentará poderoso su imperio fasta los Garamantes e Indianos, e a tierra que yaze fuera de las estrellas e de los años e caminos del sol, onde'l tenedor del çielo, Athalante, buelve el axe en el su ombro, conveniente a las ardientes estrellas [. . .]. ¿Quieres ver los rreyes Tarquinos e la sobervia alma del vengador Bruto? [. . .] E aquellas almas (concordes agora, en tanto que son premidas de la noche), que tú vehes rrelumbrar en armas iguales, ¡guay, cuánta guerra entre sí farán! Éstos serán Julio e Ponpeyo: el suegro, de los amontonamientos de las Alpes e de la fortaleza de Menete desçendiente; el yerno, enseñado de los adversarios orientales. ¡No, mançebos! ¡No usés vuestras voluntades a tantas batallas! ¡Las fuertes manos vuestras no bolváes en las entrañas de la patria! ¡Tú primero, que lievas tu linage al çielo, de çierto perdona! ¡Lança las armas de tus manos, o sangre mío! [. . .] ¿Quién fará callado a ti, o grant Cathón, o adónde se dexará a ti? ¿Quién el linage de los Gracos e los dos Çipiones, dos rrayos de batalla, destruyimiento de Libia? [. . .] Tú rrecuédate, Romano, rregir los pueblos con imperio. Estas artes serán a ti en poner costumbres de paz: perdonar a los que te fueren humildes e subjectos, e domar e apremiar los sobervios por batalla o castigo.



Así dicho fue por Ancchises, de que se maravillaron Eneas e la Sebilla. E después de poco intervalo, añadió a sus dezires esto:

—Mira el que entra con los aseñalados e rricos despojos. Ése, Marçello será. Sobrará este vencedor en fuerças a todos. Éste la cosa pública romana, turbada de grant tumulto, deterná o fará aquedar, a cavallo derribará e subjugará los Penos e los Gallos rebeldes, e, las terçeras armas tomadas, suspender las ha al padre Quirino.

E mirando Eneas aquella muchedumbre de ánimas a él mostrada, una entr'ellas vido de un fermoso e appuesto mançebo, de rresplandesçientes guarnido armas, pero su gesto alegre poco, e los ojos e rostro decaídos. Por eso al padre Ancchises tales dixo palabras:

—¡O padre! ¿Quién es aquel varón que así acompaña al andante?

Respondió Ancchises:

—El fijo.

E dixo Eneas:

—¿E si es de algún linagge grande de nietos? Que mueve estrépitos çerca de los compañeros quanto en él es. Mas la negra noche rreçerca su cabeça con triste sombra.

Estonçes el padre Ancchises con lágrimas de sí lançando tales rrespondió palabras:

—¡O fijo! El grant duelo e planto no quieras saber de los tuyos. Mostrarán los ffados éste a las tierras tan solamente, e no l'dexarán más adelante ser o más durar, vista a los dioses la vuestra generación romana ser muy poderosa si éste oviesse e fuesse sus propios dones. ¡Quántos gemidos fará aquél dar a los varones en el campo a la çibdad marçial! ¡O, cuántas tú, Tiberino rríó, verás muertes quando pasares por el rreziente sepulcro! E nunca fue mançebo de la troyana gente que tanto exalçase la esperança de los avuelos latinos, ne se podrá gloriar de alguno antes dél la romana tierra de tanto criado. ¡Guay de la piedad! ¡Guay de la primera ffe e de la diestra no vençida por batalla! No se ofresçería qualquiera contra él armado sin punición, siquiere quando fuese a pie en los enemigos, siquiere quando al espumante cavallo con las espuelas cavasse los costados. ¡Guay de ti, miserable mançebo, si rrompieres algunos de los ásperos ffados! Tú Marçello serás llamado. ¡Pues dadme las manos llenas de lirios! ¡Esparzire purpurinas flores! ¡Al menos a la alma del nieto estos le allegaré dones e usaré de vazías rretribuciones!

Ansí toda aquella región passo a passo en los anchos campos al ayre descubiertos e todas las cosas que ende eran, buscaron siquiere miraron.

Después que Ancchises su fijo Eneas por cada una de las cosas allí falladas traxo e su voluntad ençendió con amor de la venidera ffama, començóle de contar las batallas que avie de fazer, e los pueblos le mostró Laurentos e la çibdad de Lathino, e por qué manera s'apartaría de los trabajos e soffririe aquéllos.

Son dos puertas del Sueño, de las cuales la una se dize sea cómea (siquiere puerta de cuerno), e por aquélla se da fácil sallida a las verdaderas sombras; la otra rresplandesçiente, perfecta, acabada de blanco marfil, mas por ella las almas embían al çielo los falsos no çiertos sueños. Estonçes allí Ancchises al fijo, en uno con la Sebilla, prosiguió con estos dichos, e la puerta de marfil los admite o rreçibe a la salida. [. . . .]